

CHINA: LA EDAD DE LA AMBICIÓN

EVAN OSNOS

CHINA: LA EDAD
DE LA AMBICIÓN

TRADUCCIÓN DE LUIS MURILLO FORT

**EL
HOMBRE
DEL
TR3S**

*Para Sarabeth,
que lo vivió todo*

¿Por qué tengo que ser como todo el mundo,
solo por haber nacido en una familia pobre?

MICHAEL ZHANG, maestro

Al jefe de un poderoso ejército se lo puede
capturar, pero no así las aspiraciones de un
hombre común y corriente.

CONFUCIO

PRÓLOGO

Siempre que una nueva idea recorre China —sea una moda, una filosofía, un estilo de vida nuevos—, los chinos hablan de ella como de una «fiebre». Poco después de que el país se abriera al mundo, la gente contrajo la «fiebre del traje a la occidental», la «fiebre Jean-Paul Sartre» y la «fiebre del teléfono privado». Era difícil predecir cuándo o dónde prendería una fiebre o qué consecuencias tendría.

En un pueblo llamado Xiajia (1.564 habitantes) se produjo la fiebre por la serie norteamericana de policías *Hunter*, que en China se conoció como *El experto inspector Heng Te*. Cuando la serie se estrenó en la televisión china en 1990, los habitantes de Xiajia empezaron a reunirse para ver las aventuras del sargento Rick Hunter del departamento de policía de Los Ángeles y su socio, el sargento Dee Dee McCall, como agentes encubiertos. Y los xiajianos se acostumbraron a esperar que el sargento Hunter encontrara al menos dos oportunidades para pronunciar su frase característica, «Por mí, vale» —aunque en chino acabó sonando como si fuera un hombre religioso, porque lo tradujeron erróneamente como «será lo que Dios quiera»—. La fiebre se fue contagiando, y cada enfermo reaccionó de distinta manera. Unos meses más tarde, cuando la policía local intentó registrar la casa de un campesino de Xiajia, este les dijo que volvieran con una orden judicial, expresión que había aprendido mirando la serie del inspector Heng Te.

Cuando me fui a vivir a China en 2005, estaba habituado a oír contar la historia de la metamorfosis del país en grandes y envolventes pinceladas alusivas a una sexta parte de la población humana y a grandes ejes de la economía y la política. Sin embargo, una

vez allí comprobé que los cambios más profundos eran de índole personal y de percepción de la realidad, y que estaban inmersos en el ritmo de la vida cotidiana, lo que los hacía difíciles de percibir. La mayor fiebre de todas fue la aspiración, o, dicho de otro modo, la fe en que empezar de cero era posible. Unos lo intentaron y salieron airoso; muchos otros, no. Lo más importante fue el hecho de desafiar la secular tendencia a no intentarlo siquiera. Lu Xun, el autor contemporáneo más famoso de China, escribió una vez: «La esperanza es como un sendero en pleno campo: al principio no lo había, pero se va formando conforme la gente empieza a pasar».

Durante los ocho años que viví en China, fui testigo de cómo cobraba forma esta era de la ambición. Por encima de todo es una época de abundancia, el apogeo de una transformación cien veces mayor, y diez veces más rápida, que la primera Revolución Industrial, de donde surgiría la Gran Bretaña moderna. El pueblo chino ya no pasa hambre —el ciudadano medio come seis veces más carne que en 1976—, pero estamos ante una era voraz en otro sentido, un período histórico en que el pueblo se ha despertado hambriento de nuevas sensaciones, ideas y respeto. China es el mayor consumidor mundial de energía, películas, cerveza y platino, y está construyendo más ferrocarriles de alta velocidad y aeropuertos que el resto del mundo junto.

Para algunos de sus ciudadanos, el *boom* de China ha supuesto la creación de una riqueza sin parangón: China es la mayor fuente mundial de nuevos multimillonarios. Varios de los nuevos plutócratas han sido ladrones a carta cabal; otros han ostentado cargos públicos de alto rango. Algunos han sido lo uno y lo otro. Sin embargo, para la mayoría del pueblo chino el *boom* no ha supuesto una gran riqueza, sino que ha permitido dar los primeros, vacilantes pasos para salir de la pobreza. El crecimiento del país ha sido gratificante de una manera profunda y, a la vez, tremendamente desigual: pocas veces el bienestar humano había

alcanzado esas cotas en la era moderna. En 1978, los ingresos medios eran de 200 dólares; en 2014, de 6.000. Se mire como se mire, o casi, el pueblo chino ha conseguido vivir más años, con mejor salud y con más cultura.

Ahora que vivo en Pekín, compruebo que la confianza en las propias ideas, sobre todo con respecto al futuro de China, parece ser inversamente proporcional al tiempo que uno pasa en tierra. Las complicaciones atemperan el impulso de buscarles una lógica simple. Con el fin de hallar orden en los cambios, recurrimos al «refugio» de la estadística: en los años que estuve viviendo en China, el número de pasajeros de líneas aéreas se ha duplicado; las ventas de teléfonos móviles se han triplicado; la longitud del metro de Pekín se ha cuadruplicado. Pero me impresionaron menos estas cifras que un drama que no supe cuantificar: hace dos generaciones, la gente que visitaba China se maravillaba de que todo fuera tan igual. Para los no enterados, el presidente Mao era el «emperador de las hormigas azules», como proclamaba el título de un libro memorable; un dios seglar en un país de trajes de algodón todos iguales y de «equipos de producción». El estereotipo de los chinos como colectivistas, inescrutables drones, se mantuvo en parte porque la política china contribuía a sustentarlos; la China oficial les recordaba a sus huéspedes que era una nación de comunas, de unidades de trabajo, de innumerables sacrificios.

Pero en la China que yo me encontré el relato nacional, que en tiempos fuera una actuación de conjunto, se ha dividido en millones de pequeñas historias, historias de carne y hueso, de idiosincrasias y de luchas en solitario. Ahora, los vínculos entre los dos países más poderosos de la Tierra, China y los Estados Unidos, se pueden calibrar mediante las aspiraciones de un abogado de origen campesino que eligió el día y la hora en que su destino iba a cambiar. Es la era del *changeling*, cuando la hija de un agricultor puede dar el salto desde la cadena de montaje has-

ta el salón de juntas con tal velocidad que no le da tiempo a desprenderse del estilo y de los anhelos de su pueblo natal. Es un momento en que el individuo se convirtió en un huracán, tanto en el campo de la política como en el de la economía y la vida privada, tan vital para la imagen que de sí misma tenía la nueva generación, que un joven hijo de minero puede convencerse de que lo más importante para él es ver su nombre en la cubierta de un libro.

Según se mire, el mayor beneficiario de la edad de la ambición es el Partido Comunista Chino (PCCh). En 2011 el partido celebraba su nonagésimo aniversario, algo totalmente inimaginable al final de la Guerra Fría. A partir del derrumbe de la Unión Soviética, los dirigentes chinos analizaron lo ocurrido y se juraron a sí mismos que ellos no acabarían así. Cuando varias dictaduras árabes cayeron en 2011, China siguió adelante. Para sobrevivir, el PCCh renunció a su evangelio pero se agarró a sus santos; abandonó las teorías de Marx, pero conservó el retrato de Mao en la Puerta de la Paz Celestial, desde donde se contempla la plaza de Tiananmén.

El partido ya no promete igualdad ni el final de las penurias, sino únicamente prosperidad, orgullo y fuerza. Y eso, durante un tiempo, bastó. Sin embargo, el pueblo chino ha acabado queriendo más, y de manera harto vehemente pide una cosa: información. Las nuevas tecnologías han removido una cultura política fugitiva; cosas antaño secretas son ahora conocidas; gente que antes estaba sola ahora está conectada. Y cuanto más ha intentado el partido impedir que el pueblo reciba ideas sin filtrar, más ha exigido este tener acceso a ellas.

La China de hoy está dividida por contradicciones. Es el mayor comprador de Louis Vuitton, el segundo (solo detrás de los Estados Unidos) de automóviles Rolls Royce y Lamborghini, pero el país está gobernado por un partido marxista-leninista que quisiera prohibir la palabra «lujo» en las vallas publicitarias. La dife-

rencia en esperanza de vida e ingresos entre las ciudades más prósperas del país y sus provincias más pobres es la que hay entre Nueva York y Ghana. China tiene dos de las más valiosas empresas de Internet y más gente conectada que los Estados Unidos, lo que no le impide redoblar su inversión en el mayor empeño de la historia por censurar la libertad de expresión. China jamás ha sido tan pluralista, urbana y próspera, pero es el único país del mundo que tiene encarcelado a un Nobel de la Paz.

A veces se compara a China con el Japón de los años ochenta del pasado siglo, cuando el precio de 10 metros cuadrados en el centro de Tokio rondaba el millón de dólares y los magnates se hacían traer cubitos de hielo de la Antártida para sus combinados. En 1991, Japón asistía a la mayor deflación de activos de la historia moderna del capitalismo. Pero ahí acaban las similitudes; cuando la burbuja explotó, la economía japonesa estaba plenamente desarrollada. China, en cambio, incluso recalentada, sigue siendo un país pobre donde la gran mayoría tiene los mismos ingresos que un ciudadano japonés en los años setenta. En otros momentos, los soldados chinos desfilando con el paso de la oca, sus desertores y sus disidentes hacen pensar en la Unión Soviética e incluso en la Alemania nazi. Pero son comparaciones que no se sostienen. Los dirigentes chinos no amenazan con «sepultar» América, como hizo Jruschov, y ni siquiera los nacionalistas chinos más furibundos abogan por una limpieza étnica o la forja de un imperio.

China me recuerda sobre todo a Norteamérica en su época de transformación, el período que Mark Twain y Charles Warner denominaron la «edad de oro», en la que «todo hombre tiene su sueño, su proyecto favorito». Estados Unidos, tras la guerra de Secesión, empezó a fabricar más acero que Gran Bretaña, Francia y Alemania juntas. En 1850, Norteamérica contaba con menos de veinte millonarios; llegado el cambio de siglo, eran ya cuarenta mil, algunos de ellos tan ufanos y creídos como James Gor-

don Bennett, que adquirió un restaurante en Montecarlo después de que le negaran una mesa con vistas al exterior. Lo mismo que en China, el *boom* vino acompañado de una espectacular traición. «Nuestro método para hacer negocios —decía Charles Francis Adams, Jr., nieto y biznieta de presidentes del ferrocarril— se basa en mentir, estafar y robar.» Posteriormente, F. Scott Fitzgerald nos dio la resbaladiza historia de James Gatz, de Dakota del Norte, que se catapultó a sí mismo a un mundo nuevo en su fatídica búsqueda de amor y riquezas. Yo, cuando veía un nuevo contorno urbano chino, a veces pensaba en el Nueva York de Gatsby: «La ciudad vista siempre por primera vez, con su inicial promesa de todo el misterio y la belleza de este mundo».

En los primeros años del siglo XXI, China engloba dos universos: el de ultimísima superpotencia mundial y el de Estado autoritario más grande el mundo. Algunos días, pasaba yo la mañana con un magnate de nuevo cuño y luego la tarde con un disidente en arresto domiciliario. Era fácil verlos como representantes de la nueva China y de la vieja, símbolos del ámbito económico y del político. Pero, al final, llegué a la conclusión de que eran una misma cosa, y que ese contraste, ese desequilibrio, era una constante en la naturaleza.

Este libro habla de la colisión de dos fuerzas: la aspiración y el autoritarismo. Cuarenta años atrás los chinos tenían casi vedado el acceso a la riqueza, la verdad o la fe, tres cosas que la política y la pobreza les impedían alcanzar. No les era posible montar un negocio o satisfacer sus deseos, carecían de poder para desafiar a la propaganda y a la censura, y fuera del partido no había donde encontrar inspiración moral. Una generación después, los chinos habían conseguido acceder a las tres cosas... y ahora quieren más. Han tomado el control de libertades que estaba casi exclusivamente bajo dominio de otros (la decisión de tra-

bajar aquí o allá, de viajar a tal sitio o tal otro, de casarse con tal o cual persona). Pero a medida que estas libertades se han ido ensanchando, el PCCh no ha dado más que vacilantes pasos para adaptarse a ellas. La obsesión del partido por controlarlo todo —no solamente quién gobierna el país, sino también cuántos dientes enseña una revisora de tren cuando sonrío— se contradice con la vida que bulle en el exterior. Cuanto más tiempo llevaba en China, más tenía yo la sensación de que el pueblo chino ha dejado atrás al sistema político que sirvió de base para el crecimiento de la nación. El partido ha desencadenado la mayor expansión de potencial humano en la historia mundial... y generado tal vez la mayor amenaza para su propia supervivencia.

Esta es una obra de no ficción basada en ocho años de conversaciones. En mi investigación me decanté por la gente esforzada, hombres y mujeres que trataban de abrirse camino de un terreno a otro, no solo en términos económicos sino también en asuntos de política, de ideas y del espíritu. Cuando escribía artículos para el *Chicago Tribune* y, más adelante, para el *New Yorker*, conocí a muchas personas así. Fui testigo de cómo evolucionaban y de cómo la vida de cada uno de ellos se entremezclaba con la mía. Para un norteamericano que escribe desde el extranjero, resulta tentador envidiar la fortaleza de China allí donde Norteamérica flaquea y decidir que algo está mal únicamente porque choca con los valores de uno, pero por encima de todo he intentado describir la vida de los chinos en sus propios términos.

He utilizado nombres reales salvo en algunos casos, que hago constar, en los que disfracé una identidad para no herir susceptibilidades políticas. Todos los diálogos se basan en lo relatado por una o más personas presentes. La primera parte se inicia con los primeros momentos del *boom*; presento a varios hombres y mujeres que salieron de la pobreza y explico los riesgos que asumieron y las ideas que los animaron. Cuanto más prosperaba la gente desde el punto de vista económico, más exigía saber sobre

PRÓLOGO

el mundo que les rodeaba. En la segunda parte describo la rebelión contra la propaganda y la censura oficiales. Y en la parte final todo ello converge en la búsqueda de una nueva base ética, a medida que el escalafón más bajo de la clase media china comenzaba la búsqueda de algo en lo que creer.

Se suele abordar el análisis de la China actual como una competición entre Oriente y Occidente, entre el capitalismo de estado y el libre mercado. Sin embargo, hay en el fondo una cuestión mucho más inmediata: la lucha por definir la idea de China. Comprender este país requiere no solo calibrar la luz y el calor que emanan de su incandescente nuevo poder, sino también examinar el origen de su energía, es decir, los hombres y mujeres que forman el núcleo del proceso que ha cambiado a China.

PRIMERA PARTE

RIQUEZA

SIN GRILLETES

16 DE MAYO DE 1979

Bajo una luna apenas creciente, en una isla situada frente a la costa de China, un capitán del ejército de veintiséis años se escabulló de su puesto en dirección al agua, caminando con toda la calma posible entre matorrales hasta un saliente rocoso desde el que se dominaba la playa. Si descubrían su plan, caería en desgracia y sería ejecutado.

El capitán Lin Zhengyi era un soldado modelo, uno de los oficiales jóvenes de más renombre en el ejército de Taiwán, la isla-provincia gobernada por opositores del Partido Comunista Chino. Taiwán había desafiado durante tres décadas el control comunista, y el capitán Lin era un símbolo de dicha resistencia: en la universidad había sido un destacado estudiante que renunció a una plácida vida como civil para enrolarse en las fuerzas armadas, una decisión tan insólita que el futuro presidente de Taiwán insistió en estrecharle la mano; la instantánea salió en todos los periódicos, convirtiendo a Lin en icono del Sagrado Contraataque, el sueño de reconquistar la China continental.

Lin Zhengyi (pronunciado «Jung-yee») medía casi un metro ochenta de estatura, era de porte erguido, con una nariz ancha y chata y grandes orejas que sobresalían bajo el borde de su gorra. Se había ganado a pulso esa misión en el punto más problemático del frente: la diminuta isla de Quemoy, conocida en chino mandarín como Jinmen y situada a dos kilómetros escasos de la rocosa costa.

Pero el capitán Lin guardaba un secreto tan peligroso para él y para su familia, que no osaba revelárselo ni siquiera a su espo-

sa, que estaba en casa con el hijo varón de ambos y embarazada por segunda vez. El capitán Lin tenía la sensación de estar viviendo un momento histórico. Después de treinta años de conflicto, China apelaba al pueblo de Taiwán a fin de reunificar la «gran patria». A todo soldado que intentara desertar al continente se le dispararía sin previo aviso. Fueron muy pocos los que lo intentaron, aunque las consecuencias no pudieron ser más intensas; el caso más reciente se remontaba a menos de un mes atrás. Pero Lin había encontrado su vocación. China, estaba convencido, volvería a prosperar. Y él prosperaría también.

A oscuras encontró el sendero arenoso que le conduciría sin peligro cuesta abajo a través de una loma sembrada de minas. El viento procedente del mar había inclinado los retorcidos pinos isleños. El agua, que de día era como un cristal verde brillante, era ahora una masa negra que rompía y se retiraba al compás de las olas. Para evitar una invasión, toda la línea de playa estaba provista de largas lanzas metálicas que sobresalían de la arena dirigidas hacia el mar.

Un momento antes de salir del abrigo de los árboles para ir de una carrera hasta la playa, el capitán se aflojó los cordones de sus botas y se quedó descalzo sobre el suelo pedregoso. Se disponía a abandonar a sus soldados, a su familia, y su propio nombre.

Casi todos los que habían intentado cruzar a nado aquellas aguas lo habían hecho en la dirección contraria. La China continental de 1979 era un sitio del que huir.

En el siglo XVIII, la China imperial controlaba un tercio de toda la riqueza mundial; sus ciudades más avanzadas eran tan prósperas y tan comercializadas como Gran Bretaña y los Países Bajos. Pero en los siglos XIX y XX, China vivió una invasión, una guerra civil y una gran agitación política. Tras tomar el poder en 1949, el Partido Comunista llevó a cabo una campaña de «reforma agraria» que agrupó las granjas familiares del país en coope-

rativas y que acabó con la vida de millones de terratenientes y supuestos enemigos. En 1958, el presidente Mao lanzó el llamado Gran Salto Adelante, un intento de poner a China por delante de Gran Bretaña en solo quince años. Varios asesores le dijeron que eso era imposible, pero él hizo oídos sordos y los humilló; el jefe de la Comisión Nacional de Tecnología se lanzó por una ventana. Los propagandistas pregonaban una fantástica cosecha tras otra (a tenor del éxito del satélite soviético, decidieron llamarlas «cosechas Sputnik»); pero las cifras no eran reales y la inanición empezó a extenderse. Muchos de los que se quejaron fueron torturados o ejecutados. El partido prohibió viajar en busca de comida. El Gran Salto Adelante dio como resultado la peor hambruna de la historia: entre treinta y cuarenta y cinco millones de muertos, más que en la Primera Guerra Mundial. Para cuando el capitán Lin desertó de Taiwán, la República Popular China era más pobre que Corea del Norte; su renta per cápita era una tercera parte de la del África subsahariana.

Deng Xiaoping era desde hacía seis escasos meses el principal dirigente del país. A sus setenta y cinco años, además de un persuasivo pero honrado hombre de Estado, era un superviviente de repetidas purgas llevadas a cabo por el Gran Timonel, y había sido rehabilitado en dos ocasiones. En los años transcurridos desde entonces, se lo ha calificado de artífice único del *boom* que vendría después, pero eso es lo que dicen los historiadores del PCCh. Deng era consciente de sus limitaciones. En asuntos de economía, su movimiento más astuto fue aliarse con Chen Yun, otro patriarca del partido y alguien tan escéptico respecto a Occidente que acogió la idea de una reforma relejendo *El imperialismo*, de Lenin; y con Zhao Ziyang, un dirigente más joven y progresista cuyos esfuerzos por reducir la pobreza habían generado un dicho entre el campesinado: «Si quieres comer, ve en busca de Ziyang».

El cambio, cuando se produjo, vino de abajo. El invierno anterior, en la aldea de Xiaogang, los agricultores habían llegado a

tal grado de pobreza a causa del sueño de Mao, que habían dejado de labrar la tierra comunitaria y recurrido a pedir limosna. Sin otro recurso, dieciocho campesinos se dividieron las tierras y empezaron a trabajarlas por separado; cada cual estableció sus propias reglas y todo lo que vendían por encima de la cuota exigida por el Estado, lo vendían en el mercado local y cosechaban los beneficios. En previsión de posibles arrestos, firmaron un pacto secreto para protegerse los unos a los otros y a sus familias.

En menos de un año sus ingresos eran casi veinte veces mayores. Al descubrirse el experimento, varios funcionarios del partido los acusaron de «socavar los pilares del socialismo», pero otros dirigentes más listos les permitieron seguir adelante, y el plan de los dieciocho se extendió a ochocientos millones de agricultores por todo el país. El retorno de lo que se llamó agricultura «doméstica» se propagó a tal velocidad que un granjero lo comparó a un germen dentro de un gallinero. «Cuando la gallina de una familia coge una enfermedad, todo el pueblo la coge. Y cuando un pueblo la tiene, toda la comarca se contagia.»

Deng y los otros líderes reñían constantemente, pero la combinación del carisma del primero, las dudas de Chen en cuanto a correr demasiado y la solvencia de Zhao produjo resultados deslumbrantes. El modelo económico que crearon duraría varias décadas. Chen Yun lo llamó «economía de la pajarera», por aquello de ser lo bastante ventilada como para permitir que el mercado funcione pero no tan libre que este pueda escaparse. En su revolucionaria juventud habían supervisado la ejecución de terratenientes, la confiscación de fábricas y la creación de comunas, pero ahora, para mantenerse en el poder, habían puesto la revolución patas arriba: autorizaban la empresa privada y abrían una pequeña ventana al mundo exterior, por más que eso supusiera, en palabras del propio Deng, que se colaran «unas cuantas moscas». Las reformas de China no respondían a un plan. La

estrategia, en palabras de Chen Yun, consistía en avanzar sin perder el control: «Vadear el río tanteando las piedras con los pies». (Como era inevitable, se atribuyó la frase a Deng.)

En 1979 el partido anunció que ya no etiquetaría a los individuos como «terratenientes» o «campesinos ricos», y más adelante Deng Xiaoping acabó con el estigma definitivo: «Dejemos que unos cuantos se hagan ricos —dijo— y poco a poco el pueblo entero lo será». El partido amplió el experimento económico. Oficialmente una empresa privada estaba autorizada a contratar un máximo de ocho empleados —Marx creía que una empresa con más de ocho trabajadores incurría en explotación—, pero empezaron a surgir tantos pequeños negocios que Deng, ante una delegación de Yugoslavia, dijo que era «como si de repente hubiera surgido de la nada un extraño ejército». Pero no se atribuyó ningún mérito. «Esto no es un logro del gobierno central», dijo.

A lo largo y ancho del país, la gente abandonaba las granjas colectivas a las que había estado sometida durante años y años. Para referirse a ello, muchos decían que habían sido *songbang*, algo así como quitarle los grilletes al preso. La gente empezó a hablar de política y de democracia. Pero Deng Xiaoping tenía claros los límites. En marzo de 1979, no mucho antes de que Lin Zhengyi se embarcara en su aventura, Deng se dirigió a un grupo de altos cargos y les formuló esta pregunta: «¿Podemos tolerar una libertad de expresión que infringe de manera tan flagrante los principios de nuestra Constitución?». El partido jamás aceptaría una «democracia individualista»; libertad económica, sí, pero con control político. Para que China prospere, deben ponerse límites a «la emancipación de la mente».

Cuando el cambio empezó a imponerse en el continente, Lin Zhengyi lo observó desde lejos. Había nacido en 1952, tres años después de que Taiwán y la China continental entraran en el

callejón político e ideológico sin salida que duraría varias décadas. Tras perder la guerra civil ante los comunistas en 1949, el Partido Nacionalista Chino huyó a la isla de Taiwán, declaró la ley marcial en todas las islas y se preparó, en teoría, para el momento en que pudiera gobernar de nuevo todo el país. La vida en Taiwán era dura y restringida. Lin se crio en Yilan, una aldea a orillas del delta de un río en una zona remota de la isla principal. Su familia descendía de gente que había emigrado del continente muchos años atrás. Las fuerzas nacionalistas recién llegadas consideraban a esos emigrantes gente de clase baja y poco fiable políticamente, y de hecho se los discriminaba por regla general en asuntos de empleo y de educación.

Lin Huosho, el padre del capitán, tenía una barbería, mientras que la madre hacía la colada de varios vecinos. La familia vivía en una chabola de las afueras. El padre, sin embargo, hablaba a sus hijos de la antigua China, de los inventos científicos y del arte de gobernar, de una civilización tan avanzada que ya imprimía libros cuatro siglos antes de que lo hiciera Gutenberg. Les leía en voz alta fragmentos de libros antiguos (*Romance de los tres reinos*, *Viaje al Oeste*) y supo inculcar en sus hijos el sueño de un renacimiento del país. Cuando nació el cuarto hijo, le puso por nombre Zhengyi porque significa «justicia».

De chico, Lin se preguntaba por qué, pese a la gloriosa historia de China, su familia apenas si tenía para comer. Su hermano mayor no le preguntaba a la madre qué había hoy de almuerzo, porque esa era una pregunta incómoda, recordaba Lin. «Se apoyaba en los fogones. Si estaban calientes, quería decir que ese día comíamos.» De lo contrario, pasaban hambre. Para Lin, la experiencia tuvo un resultado muy pragmático. Con el tiempo analizaría todo lo relativo a la dignidad humana principalmente desde el prisma de la historia y la economía.

Siendo un adolescente, empezó a interesarse por las gestas de la ingeniería china, como la del antiguo dirigente Li Bing, gober-

nador en el siglo III a. C. en lo que hoy es la provincia de Sichuan, quien se propuso controlar las inundaciones dedicando ocho años a excavar un canal a través de la montaña. Se valió para ello de millares de obreros, los cuales calentaban las rocas con hogueras de heno y luego las enfriaban con agua para que se partieran. El resultado fue un sistema de regadío que a menudo se compara con las siete maravillas del mundo; gracias a él, una de las zonas más pobres del país se transformó en una región tan fértil que hoy se la conoce como la «tierra del cielo».

Lin era el más prometedor de los hijos varones, y en 1971 ganó una codiciada plaza en la Universidad Nacional de Taiwán para estudiar regadío. A fin de pagar los estudios, sus tres hermanos abandonaron la escuela para trabajar en la barbería de su padre. Lin ingresó en la universidad justo cuando el debate sobre el futuro de Taiwán y la China continental estaba en su apogeo. Durante años, a los jóvenes taiwaneses se les había enseñado que el continente estaba bajo el mando de «bandidos y demonios comunistas». El Partido Nacionalista recurría a esta amenaza para justificar la ley marcial, y de hecho cometió numerosas violaciones de los derechos humanos en la personas de sus adversarios políticos y de los simpatizantes comunistas.

Pero cuando Lin llegó a la universidad, el estatus de Taiwán se estaba erosionando. En julio de 1971, el presidente de Estados Unidos, Richard Nixon, anunció su visita a Pekín. La China continental empezaba a ganar influencia. En octubre de aquel año la ONU votó retirarle el escaño a Taiwán en la Asamblea General para dárselo a la República Popular, reconociendo a dicho gobierno como el legítimo representante del pueblo chino. Fue en este clima como Lin Zhengyi encontró su propia voz. Lo nombraron presidente de los alumnos de primer curso y, al poco tiempo, ya estaba considerado uno de los más ardientes activistas taiwaneses. En una manifestación estudiantil bajo el lema «Contra los bandidos comunistas que se cuelan en la ONU», cogió el micró-

fono e hizo un llamamiento a la protesta, una idea tan radical en aquel ambiente de ley marcial que ni siquiera sus propios correligionarios se animaron a respaldarla. En otro acto, proclamó que iniciaría una huelga de hambre, hasta que el rector de la universidad logró quitárselo de la cabeza.

Cuando anunció que se trasladaba a una academia militar, les dijo a los periodistas: «Si mi decisión de enrolarme puede despertar el nacionalismo en toda la juventud, entonces su impacto será inconmensurable». Había también razones de índole práctica: en la academia militar podía estudiar gratis y cobrar un pequeño estipendio.

Estando todavía en la universidad, un día conoció a una chica en casa de un amigo estudiante. Se llamaba Chen Yunying y era una activista que estudiaba literatura en la Universidad Nacional de Chengchi. Después de licenciarse ambos, se casaron y tuvieron un hijo. Lin estuvo estudiando dos años para sacarse un máster en administración de empresas y luego le asignaron el mando de una compañía en la isla de Quemoy, que durante la Guerra Fría era conocida como «el faro del mundo libre» porque era el último trecho de tierra frente al litoral comunista. Los dos bandos se habían machado en tiempos con tanta ferocidad que los militares de Taiwán llenaron la isla de búnqueres y restaurantes subterráneos, e incluso construyeron un hospital tan metido en la montaña que estaba pensado para sobrevivir a un ataque con armas nucleares.

Cuando Lin llegó a la isla en 1978, la guerra era ya más psicológica que física. Ambos ejércitos seguían lanzándose proyectiles, pero únicamente obedeciendo a una pauta: los del continente disparaban en días impares; Taiwán respondía el resto de la semana. Fundamentalmente era un duelo de propaganda. Se lanzaban mensajes los unos a los otros mediante potentísimos y enormes altavoces, así como montañas de panfletos desde globos aerostáticos. Hacían llegar por mar hasta la orilla opuesta

recipientes de cristal del tamaño de un melón repletos de mercancías pensadas para tentar a posibles desertores. Taiwán enviaba pósters de chicas guapas y periódicos en miniatura donde se hablaba del mundo exterior, ropa interior limpia, casetes de música pop, instrucciones para el montaje de una radio sencilla, así como promesas de monedas de oro y momentos de gloria para todo aquel que desertara. Desde el continente respondían con alcohol, té, sandías y panfletos con fotos de sonrientes diplomáticos y científicos taiwaneses que se habían pasado a la China comunista o, como lo expresaba el régimen, habían «cambiado oscuridad por luz».

En diciembre de 1978, Jimmy Carter anunció que Estados Unidos iba a reconocer oficialmente al gobierno de Pekín y que cortarían las relaciones diplomáticas con Taiwán. La noticia acabó con cualquier esperanza de que los nacionalistas pudieran reconquistar el poder del continente. En Taiwán, como escribió un corresponsal, la gente estaba «tan nerviosa como un gato tratando de cruzar una calle en el momento en que el tráfico está peor». El día de Año Nuevo de 1979, el gobierno de Pekín anunció que dejaba de bombardear Quemoy e hizo un llamamiento por radio al pueblo de Taiwán asegurando que el «brillante futuro» pertenecía tanto a unos como a otros. «La reunificación de la patria es la misión sagrada que la historia ha asignado a nuestra generación —afirmaba Pekín—, y la construcción avanza viento en popa aquí en la patria.»

El 16 de febrero, Lin fue asignado a un puesto más próximo todavía al continente; se le dio el mando de un pequeño destacamento en un solitario saliente rocoso batido por el viento. El Monte Ma, se llamaba, aunque entre los soldados era conocido como «la primera línea del universo». Era un puesto militar de prestigio, pero, según investigadores militares, a Lin no le gustó la misión porque estaba amarrado en las islas exteriores cuan-

do podía haber estado dando clases en la academia militar o haciendo el examen para oficial del Estado Mayor. Su puesto era una de las paradas favoritas de los gerifaltes políticos que querían hacerse la foto en primera línea con los jóvenes patriotas de uniforme. En abril, Lin aprovechó un permiso para ir a ver a familiares y amigos; una noche le dijo a un viejo compañero de la universidad, Zhang Jiasheng, que estaba convencido de que Taiwán podía prosperar solo si a la vez también prosperaba la China continental.

Cuando volvió al Monte Ma, Lin estaba tan cerca del continente que con los prismáticos podía ver los rostros de los soldados del Ejército Popular de Liberación. Su pensamiento había empezado a dar un giro radical. Aunque Taiwán y los comunistas eran enemigos, la gente corriente los consideraba como dos mitades del mismo clan, con una historia y un destino comunes. Como en la Guerra de Secesión americana, algunas familias habían quedado físicamente divididas. Se dio el caso de un hombre a quien su madre había enviado a comprar al continente justo antes de que los comunistas cortaran el tráfico marítimo y no volvió hasta cuarenta años después.

Tras la separación, algunos soldados habían intentado ganar el continente a nado, pero las corrientes eran muy fuertes y los desertores, extenuados, hubieron de retroceder, y a su llegada fueron arrestados por traición. Para disuadir a otros, el ejército nacionalista destruyó la mayor parte de la flota pesquera isleña; los pocos barcos que quedaron fueron obligados a guardar los remos a cal y canto durante la noche. Con el paso de los años, todo aquello que era susceptible de convertirse en artificio flotante —un pelota de baloncesto, un neumático de bicicleta— tenía que llevar una licencia (como las armas de fuego), y el ejército hacía redadas por toda la isla yendo de puerta en puerta y exigiendo ver todos los balones y las llantas que estuvieran registrados.

A comienzos de la primavera de 1979, un soldado había hecho el raro intento de desertar, pero también a él lo capturaron. Eso no intimidó a Lin. Estaba convencido de que su plan era mejor pero quería minimizar las consecuencias que pudiera tener para sus superiores. Estaba previsto que pasara de un mando a otro en el mes de mayo; él creía que si desertaba en el momento del traslado, el alto mando se acusaría mutuamente de no haberlo previsto y de este modo evitaría cargar con las culpas. Es más, en la isla la primavera era época de densas nieblas; el aire húmedo se juntaba con el agua fría del mar y cubría la costa con una cortina gris, una mortaja que, con un poco de suerte, podría ocultar a un hombre que se adentrara en el mar.

Las corrientes aumentaban al paso de los días, y llegado el verano eran ya lo bastante fuertes para devolver a un hombre a la costa, por más que se esforzara en luchar contra el oleaje. Si Lin pensaba cruzar a nado hasta el continente, debía hacerlo de inmediato.

La mañana del 16 de mayo, Lin estaba en su puesto de mando y pidió al secretario de la compañía, Liao Zhenzhu, que le pasara el último gráfico de la marea. La pleamar se produciría a las cuatro de la tarde, y a partir de ahí empezaría a bajar.

Al ponerse el sol aquella noche, Lin asistió a una reunión en el cuartel general del batallón y luego volvió a Mount Ma para cenar. A las 8.30 un secretario, de nombre Tung Chin-yao, se acercó a su mesa para decirle que iba a recoger a un nuevo soldado al cuartel general. Cuando Tung regresó una hora más tarde, Lin ya no estaba en el comedor.

Tampoco estaba en el cuartel. A las once menos diez de la noche, dos capitanes de la división hicieron constar su ausencia en el registro y organizaron una patrulla de búsqueda. Llegada la medianoche, los mandos tenían en marcha una operación de búsqueda a gran escala (Operación Trueno, la llamaron),

cientos mil personas registrando la isla: soldados, civiles, hombres, mujeres y niños. Husmearon en granjas y alquerías, sondearon los estanques con varas de bambú... Y alguien dio con una primera pista: al final del sendero sembrado de minas terrestres que iba de Mount Ma hasta la playa, encontraron sus zapatos, que llevaban impresos los caracteres de «jefe de compañía». Fueron pues a registrar su habitación y descubrieron que faltaban varias cosas: una cantimplora, una brújula, un botiquín de primeros auxilios, la bandera de la compañía y un chaleco salvavidas.

Para entonces Lin les llevaba mucha ventaja. Desde el puesto de mando, había recorrido apenas trescientos metros hasta llegar a las grandes rocas pardogrisáceas de la playa, desde donde se había deslizado hasta el agua. Según sus cálculos tenía que hacerlo antes de la bajamar de las diez en punto de la noche, a fin de que la resaca lo arrastrara lejos de la costa. Había dado asimismo otro paso muy importante: según investigadores militares, dos días antes de cruzar a nado, Lin inspeccionó las garitas de guardia que salpicaban el litoral y les dijo a los reclutas allí apostados que vigilaran el horizonte. Les contó un extraño chiste: si por la noche ves a alguien nadando, pero que no parece que vaya a atacar, no malgastes munición, porque seguramente son «espíritus marinos», y si disparas es posible que decidan vengarse. En Taiwán abundaban las supersticiones sobre espíritus y demás, de modo que un comentario de labios de un capitán bien podía provocar que un adolescente nervioso se lo pensara dos veces antes de dar la alarma porque había visto un misterioso movimiento de noche en el mar.

Una vez en el agua, Lin empezó a nadar rápido y con fuerza. La corriente tiraba de él, pero pronto dejó atrás los bajíos y alcanzó las negras profundidades, rodeado de agua y cielo. Solamente necesitaba llegar hasta el punto medio del canal; a partir de allí la marea ascendente haría todo el trabajo.

Nadó al estilo crol hasta que no pudo más y luego descansó haciendo el muerto. Al cabo de tres horas, con las piernas doloridas y ateridas de frío, vio que ya estaba cerca. Era la punta más oriental de suelo chino, Horn Islet. Apenas 60 acres de arena y palmeras enanas donde no había otra cosa que unos cuantos puestos de guardia y cañones de artillería. Lin sabía que la playa estaba plagada de minas. Buscó entre sus prendas, donde, guardada dentro de una bolsa de plástico hermética, llevaba una linterna. Le costó pulsar el botón con aquellos dedos tiesos de frío, pero al final consiguió hacer señales a las tropas chinas, que empezaron a acudir en masa a la playa.

Lin alcanzó las aguas poco profundas. Estaba muy ilusionado: los panfletos comunistas prometían una gran bienvenida al héroe, así como una recompensa en oro y dinero en metálico. Pero lo único que ocurrió fue que un solitario soldado se adentró en el agua, fue hacia Lin Zhengyi y lo arrestó sin más.

LA LLAMADA

Todo viaje a China empieza con algo relativo al tirón gravitacional. El escritor norteamericano John Hersey, hijo de padres misioneros en Tianjin, lo denominó «la llamada».

En mi primer año de universidad asistí un día a una clase introductoria sobre la política en la China moderna: revolución y guerra civil; la trágica y proteica fuerza del presidente Mao; la caída y ascensión de Deng Xiaoping, que sacó a China de su aislamiento y la devolvió al mapa del mundo. No habían pasado más que cinco años desde las manifestaciones de 1989 en la plaza de Tiananmén, cuando unos estudiantes apenas un poco mayores que yo construyeron una ciudad de tiendas de campaña en la ciudadela misma del poder comunista, un miniestado dentro de un Estado, animados por un idealismo impulsivo. En la televisión parecían estar escindidos entre Oriente y Occidente; por un lado llevaban el pelo largo, tenían radiocasetes portátiles y citaban a Patrick Henry, pero por otro cantaban *La Internacional* y se arrodillaban para presentar sus exigencias a hombres que seguían luciendo trajes Mao. Un manifestante le dijo a un corresponsal: «No sé qué queremos exactamente, pero sea lo que sea queremos más». El movimiento acabó en derramamiento de sangre la noche del 3 al 4 de junio, cuando por los altavoces oficiales se oyó esta frase: «Esto no es Occidente; estamos en China», y el Politburó hizo intervenir al ejército por primera vez contra su pueblo desde la revolución. El partido se enorgulleció de haber sofocado la rebelión, pero era consciente de que su imagen había salido perjudicada; en años subsiguientes llevaría a cabo un borrado sistemático de aquellos acontecimientos, de tal forma que apenas si han quedado una sombras de lo que ocurrió.

Una vez vivamente interesado por China, viajé a Pekín en 1996 para estudiar mandarín durante seis meses. La ciudad me dejó estupefacto. Las cámaras no habían logrado captar hasta qué punto estaba más próxima, tanto en espíritu como geográficamente, a las inhóspitas llanuras de Mongolia que a los neones de Hong Kong. Pekín olía a ajo y a carbón, a lana con suciedad laboral y a tabaco barato. Dentro de aquellas cosas que allí pasaban por taxis, con las ventanillas inutilizadas y la calefacción a tope, el pestazo se te pegaba al velo del paladar. Pekín está entre montañas, en lo que se conoce como «llanura del norte de China», y durante el invierno el viento que se levanta en el país del Gengis Khan te azota el rostro entre tremendos aullidos.

Pekín era una ciudad ruidosa y sin el menor glamur. Uno de los edificios más bonitos era el hotel Jianguo, cuyo arquitecto describía con orgullo como una réplica exacta de un Holiday Inn de Palo Alto (California). La economía nacional china era menor que la de Italia. Notabas la proximidad del campo: la mayoría de las noches iba a cenar a un barrio musulmán, el llamado Xinjiang Village, poblado por uigures, un grupo étnico del extremo occidental del país. Delante de sus locales de ladrillo gris tenían atadas a unas pobres ovejas muertas de miedo, que iban desapareciendo de una en una camino de la cocina. Cuando los locales se vaciaban de gente, camareros y cocineros se echaban a dormir encima de las mesas.

Internet había llegado a China dos años antes, pero había apenas cinco líneas de teléfono por cada cien personas. Yo había llevado conmigo un módem, así que lo enchufé a la pared de mi dormitorio; el aparato soltó un «¡pop!» seco y enmudeció para siempre.

La primera vez que estuve en la plaza de Tiananmén me situé en mitad de la misma y vi, en tres de sus lados, el mausoleo de Mao, el del Pueblo y la Puerta de la Paz Celestial. No había, natu-

ralmente, el menor rastro de las manifestaciones, y nada había cambiado en la plaza desde que los restos de Mao fueran embalsamados en una urna de cristal en 1977. Como extranjero que era, me resultó tentador mirar los monumentos estalinistas que el partido hizo construir y llegué a la conclusión de que el PCCh tenía los días contados. Aquel verano el *New York Times* publicó un artículo titulado «La larga marcha hacia el sinsentido», en el que se podía leer que «el antaño omnipresente partido casi no tiene ya ninguna presencia».

Un costado de la plaza estaba dedicado al futuro: un gigantesco reloj digital de quince metros de alto por nueve de largo contaba los segundos que, según rezaba en la parte superior, faltaban para que «el gobierno chino recupere la soberanía de Hong Kong». En menos de un año, Gran Bretaña debía devolver las islas de Hong Kong, que habían estado bajo su dominio desde la derrota de China en la Primera Guerra del Opio, en 1842. Para los chinos, la invasión había sido un trago amargo; consideraban, según sus palabras, que el país fue «cortado en dos como un melón» por las potencias extranjeras, de modo que recuperar Hong Kong simbolizaba de alguna manera restaurar la dignidad del pueblo chino. Al pie del gran reloj, los turistas chinos tomaban fotos, y el periódico local informaba sobre las parejas que se situaban allí para hacerse fotos de la boda.

La devolución de Hong Kong generó una oleada de patriotismo. Tras casi dos décadas de reformas y occidentalización, escritores chinos volvían a tomarla con Hollywood, McDonald's y los valores americanos. Un libro muy vendido aquel verano llevaba por título *China sabe decir No*. Escrito por un grupo de intelectuales jóvenes, condenaba el «encaprichamiento» chino con América, que, según ellos, había eliminado la imaginación nacional a base de visas, ayuda extranjera y publicidad. Si el país no oponía resistencia a este «estrangulamiento cultural», se convertiría en un «esclavo», ampliando así la larga historia de humi-

llantes incursiones extranjeras. El gobierno chino, cansado de ideas volubles y de rápida propagación aun siendo estas favorables, acabó retirando el libro de las estanterías, sin poder evitar que surgieran antes toda una serie de imitaciones en la misma onda: *Por qué China sabe decir No, China todavía sabe decir No, China siempre debería decir No*. Yo me encontraba allí aquel otoño cuando el 1 de octubre el país celebró su fiesta nacional. La editorial del *People's Daily*, buque insignia de los medios controlados por el Estado, recordaba a sus lectores: «Ser patriota requiere amar el sistema socialista».

Dos años después regresé a China para estudiar en la Universidad de Pekín. Lo que yo sabía de esa institución era, sobre todo, que en 1989 fue uno de los campus más activos de China durante las manifestaciones de la plaza de Tiananmén; algunos días el 90 por ciento del alumnado acudía a la plaza para protestar. Pero cuando llegué, la máxima prioridad de casi todos los estudiantes a los que conocí era un acusado deseo de consumir. No es exagerado afirmar que este era un cambio radical. En el apogeo del socialismo hubo una película titulada *No hay que olvidar* que narraba la historia de un hombre que enloquece debido a su anhelo de comprarse un traje nuevo. Ahora había una revista china llamada *Guía para comprar productos de lujo*, con artículos como, por ejemplo, «Tras el divorcio, ¿quién se queda la casa?». En otro se hablaba de bebidas, y en el apartado «Hombres que prefieren agua mineral» decía que tales personas tenían «mucho amor propio, ideales y ambiciones, y una baja tolerancia a la mediocridad».

El gobierno estaba ofreciendo un trato al pueblo: prosperidad a cambio de lealtad. El presidente Mao había clamado contra la complacencia burguesa, pero ahora los dirigentes chinos estaban promoviendo la búsqueda activa de la buena vida. El primer invierno tras las manifestaciones reclamando democracia, unidades de trabajo de Pekín regalaban a sus empleados abrigos,

mantas, Coca-Cola, café instantáneo y ración extra de carne. Corría por toda la ciudad un nuevo eslogan del gobierno: «Pide dinero prestado para hacer tus sueños realidad».

La gente empezaba a adaptarse a la idea de una vida al margen del trabajo. Solo habían pasado dos años desde que China redujera la semana laboral de seis a cinco días. Después había rediseñado el viejo calendario socialista a fin de crear algo hasta entonces inimaginable: tres semanas de vacaciones. Los académicos chinos se hicieron eco de ello con un nuevo género llamado «estudios de ocio», dedicado a esta «importante fase en la evolución social del género humano». Un fin de semana fui de excursión con varios compañeros chinos al interior de Mongolia. El tren iba hasta los topes y el sistema de ventilación aspiraba gases de escape de la locomotora diésel y los expulsaba en los vagones. Nadie protestó, sin embargo, porque el viaje en sí era ya todo un gusto.

Terminados los estudios, empecé a trabajar como periodista en Chicago, Nueva York y Oriente Medio, y en 2005 el *Chicago Tribune* me preguntó si quería volver a China. Recogí las cosas que tenía en mi piso de El Cairo y aterricé en Pekín una sofocante noche del mes de junio. 250 millones de chinos seguían viviendo con menos de 1,25 dólares diarios. El hecho de que toda esta población, casi la de los Estados Unidos, fuera dejada al margen cuando se hablaba de la nueva China era un error, si bien comprensible, dada la magnitud y la rapidez del cambio que se estaba operando en el país. Apenas si reconocí la ciudad. Fui a buscar los tenderetes nocturnos y las ovejas de Xinjiang Village, pero habían desaparecido en una racha de embellecimiento urbano. La renta había empezado a subir a un ritmo jamás conocido en un país grande. La última vez que yo había estado en China, la renta per cápita era de tres mil dólares anuales (la de Estados Unidos en 1872). Estados Unidos tardó cincuenta y cinco años en alcanzar los siete mil dólares. China lo hizo en diez.

Cada seis horas, la República Popular exportaba tanto como en todo el año de 1978, justo antes de que el capitán Lin Zhen-gyi cruzara a nado hasta el continente. La economía me puso en la pista de Lin. Yo estaba rastreando a profesores en un intento de desentrañar qué impulsaba los cambios en China. En aquel momento, Lin era ya un destacado economista de casi sesenta años, pelo gris cortado a cepillo, cejas espesas y gafas de montura metálica que continuamente le resbalaban nariz abajo. Yo desconocía sus antecedentes. Cuando mencioné su nombre hablando con otro economista, este me dio a entender que la trayectoria de Lin podía decirme más sobre el motor del *boom* chino que todos los libros que yo llevaba bajo el brazo.

La primera vez que le pregunté a Lin, me dijo muy educadamente: «Eso es agua pasada». Casi nunca hablaba de su deserción. Lo comprendí, pero no por ello dejé de sentir curiosidad. Después de aquel primer encuentro, quedé con Lin numerosas veces; me hablaba de lo último que había escrito, y por fin un día se resignó a contestar mis preguntas sobre su pasado. Reuní documentación sobre su caso y visité el punto de la costa donde se había lanzado al agua. Me dijo que cuando se marchó de Taiwán, lo único que deseaba era «evaporarse».

Con la esperanza de encontrar la China que yo conocía de antes, de entrada me ceñí al campo. Era la China de literatura y pinturas a tinta. Un mes no hice otra cosa que caminar y hacer auto-stop junto a los ríos de la provincia de Sichuan. Dormía en pueblos que parecían semiabandonados, pues la llamada de la ciudad se había llevado a todos aquellos que no eran demasiado viejos, o demasiado jóvenes, para sentir su tirón. Los más viejos del lugar solían hacer broma diciendo que, cuando muriesen, no iba a quedar nadie con fuerza en los brazos para llevar el ataúd.

Pero si hubo un tiempo en que ciudades chinas parecían la excepción, islas en un mar de pobreza rural, esto era menos cier-

to cada vez. Cada dos semanas, China edificaba el equivalente en kilómetros cuadrados a la ciudad de Roma. (En 2012 el país, por primera vez en su historia, ya era más urbano que rural.) Empezaba a sentir un poco de desconsuelo al entrar en una ciudad instantánea, con sus kilómetros de asfalto sin límites ni líneas pintadas, y a ambos lados edificios todavía sin inquilinos. La única constante era la permanente agitación. Un amigo chino me preguntó qué ciudades visitar en su próximo viaje a Estados Unidos, y al sugerirle Nueva York, me dijo con mucho tacto: «Cada vez que voy, me parece igual». En Pekín no desperdicié ni una sola invitación, porque tanto lugares como personas desaparecían antes de que tuvieras tiempo de verlos otra vez.

Cuando me puse a buscar un sitio donde vivir, encontré anuncios de Merlin Champagne Town y Venice Water Townhouses y Moonriver Resort Condo. Me decidí por Global Trade Mansion. Era como un saliente en un mar de construcción, y quienquiera que la hubiese edificado se había tomado la molestia de instalar ventanas insonorizadas, ya que en el futuro inmediato iba a estar rodeada de ruidos permanentes. Yo estaba en la vigésimo segunda planta y por las mañanas, antes del trabajo, me ponía a estudiar chino junto a la ventana, mirando de vez en cuando al pequeño ejército de obreros con casco naranja que pululaban bajo una grúa inquieta. De noche había otro turno, y la luz de los sopletes se reflejaba en las ventanas. Global Trade Mansion me parecía un sitio tan bueno como cualquier otro para averiguar qué quería decir el Partido Comunista con aquello de «socialismo con características chinas».

Nueve años después de que el *New York Times* anunciara la larga marcha del Partido Comunista hacia el sinsentido, el PCCh era más rico y más numeroso que nunca, con ochenta millones de miembros (uno de cada diez adultos) y sin asomo de oposición organizada. Estaban abriendo células incluso en las *hedge funds* y empresas de tecnología más occidentalizadas. China era

una dictadura de alto rendimiento: una dictadura sin dictador. El gobierno respondía al partido; el partido nombraba directores generales, obispos católicos y directores de periódico. Aconsejaba a los jueces sobre la sentencia en casos delicados y dirigía a todos los generales de pocas o muchas estrellas. En los niveles más inferiores, el partido era como un entramado profesional. Me contó una joven periodista a quien conocí en Pekín que se había afiliado al partido en la universidad porque así doblaba la oferta de empleos disponibles, y porque uno de sus profesores preferidos le había rogado que le ayudara a completar la cuota de militantes femeninas.

Cuando yo llegué, el partido se estaba renovando mediante lo que denominaba una «campana educativa para mantener el carácter avanzado del Partido Comunista Chino». Toda una muestra de optimismo. A diferencia de las manifestaciones y enfrentamientos de los años sesenta y setenta del siglo anterior, el partido fomentaba ahora la celebración del «cumpleaños rojo» (el aniversario del día en que cada miembro se afilió al partido), y se pedía a los afiliados que escribieran una autovaloración de dos mil palabras. El mercado vio allí una oportunidad y no tardaron en aparecer páginas web ofreciendo «modelos» de autovaloración. Por defecto, encontrabas en ellos las disculpas de rigor, del estilo de «No he mostrado suficiente interés en establecer un punto de vista científico». Esa amiga mía que se afilió siendo estudiante intentó redactar su propia autovaloración, pero cuando la leyó en voz alta durante la reunión mensual, la criticaron por no haber incluido las frases aprobadas, de modo que hubo de recurrir a la lista.

Durante los siete años que yo había estado ausente de China, el lenguaje había cambiado. La palabra «camarada», *tongzhi*, había sido astutamente adoptada por gays y lesbianas. Una tarde me hallaba yo haciendo cola en el banco, cuando un hombre ya mayor que estaba mirando al frente con gesto de impacien-

cia, dijo: «*Tongzhi*, ¡démonos prisa!». Y dos chavales que había por allí se desternillaron de risa. *Xiaojie*, que antes designaba a «camareras y dependientas», se utilizaba ahora mayormente para referirse a «prostitutas». Y esas nuevas *xiaojie* estaban de repente por todas partes en un país invadido por nuevos empresarios de abultada cartera en viaje de negocios.

Pero el cambio que más me sobresaltó tuvo que ver con el equivalente chino de «ambición», *ye xin*, literalmente «corazón salvaje». En chino, un corazón salvaje se había asociado a desenfreno y a expectativas absurdas; un sapo que sueña con zamparse a un cisne, como reza el viejo dicho. Hace más de dos mil años, *Huainanzi*, una recopilación de consejos políticos, advertía ya a los gobernantes sobre «evitar que los puestos de poder caigan en manos del ambicioso, del mismo modo que uno evita que un utensilio punzante caiga en manos de un necio». Pero ahora oías hablar de «corazones salvajes» a todas horas, ya fuera en programas de televisión o en la sección de libros de autoayuda. Aparecían libros con títulos como *Grandes corazones salvajes: Avatares de los primeros héroes empresariales* o *Cómo tener un corazón salvaje siendo veinteañero*.

Cuando empezó el calor de verdad, me puse en camino para ir a ver un hombre del que sabía cosas por la prensa, un tal Chen Guangcheng. Era el más pequeño de cinco hermanos de una familia campesina que vivía en Dongshigu, una aldea de quinientos habitantes. Chen se había quedado ciego a resultas de una enfermedad infantil, y hasta las diecisiete años no asistió a colegio alguno. Sus padres le leían libros, novelas de aventuras. Chen escuchaba la radio y se inspiró en su padre, que había sido analfabeto hasta su madurez, cuando fue a la escuela y consiguió un empleo como maestro.

Chen estudió masaje y acupuntura —era prácticamente lo único que un ciego puede estudiar a China—, pero enseguida se inte-

resó más por el derecho, de modo que presentó solicitud para asistir de oyente a la facultad. Su padre le regaló un ejemplar de *Las leyes que protegen a los discapacitados*, y Chen pedía a sus padres y hermanos que le leyeran. Así descubrió que su familia no se estaba beneficiando de la debida amnistía tributaria, y un buen día se trasladó a la capital para presentar una reclamación. Nadie se lo esperaba, pero Chen ganó el caso. Poco tiempo después se casó con una mujer a la que había oído hablar en un programa radiofónico. Los padres de la novia, como es común en China, no aprobaban que su hija se casara con un ciego, pero ella se salió con la suya.

En Dongshigu, donde los aldeanos cultivaban trigo, soja y cacahuetes, el masajista entendía de leyes, así que la gente acudía a él en busca de asesoramiento. En una ocasión, impidió que los caciques de la zona se hicieran con el control de las tierras para arrendarlas a precios elevados a los mismos campesinos. A un periodista que fue a entrevistarlo, Chen le dijo: «Lo más importante es que la gente corriente sepa que tiene derecho a quejarse». Aquel hombre era una rareza en el mundo de la política china, no solo por las circunstancias de su vida, sino porque era un nuevo tipo de activista, alguien más ambiguo que el disidente convencional.

Cuando supe de su existencia en 2005, él estaba recopilando historias de mujeres que habían sido obligadas a abortar y esterilizarse después de haber desafiado la política china del hijo único. Si alguna mujer se negaba o huía, el gobierno local encerraba a sus padres y sus hermanos para obligarla a volver. Cuando Chen decidió ayudar a aquellas mujeres a presentar una demanda, funcionarios locales lo sometieron a arresto domiciliario.

Un día, a finales del verano, tomé un avión hasta Shandong y luego un taxi tras otro hasta llegar a la aldea de Dongshigu. Para cuando llegué a la estrecha carretera de tierra que llevaba al pue-

blo, era media tarde y hacía un calor sofocante. Bajé del taxi y enfilé la pequeña cuesta. Chen vivía en un caserío de una sola planta; en la parte de delante había un sauce llorón y las paredes de piedra de la casa estaban cubiertas de enredadera florida. Al lado de la cancela colgaban unos descoloridos banderines rojos. Antes de llegar yo a la casa, dos hombres me cortaron el paso; uno era flaco y huesudo y tenía las mejillas coloradas y agrietadas; el otro era chaparro y risueño. «No está en casa», dijo este último. Sonrió y se me acercó lo suficiente para que yo pudiera oler lo que había comido hacía poco. «Yo diría que sí», dije. «Espera mi llegada.»

El chaparro me dijo que aunque estuviera, Chen no quería recibir visitas. Empezó a llegar gente, hombres de dos en dos y de tres en tres. Uno de ellos me agarró por la muñeca y me llevó hacia el taxi. Entonces apareció un coche patrulla. Los agentes me pidieron el pasaporte. Dijeron que no tenía autorización para estar allí y me dieron a elegir: o les acompañaba a la comisaría «para descansar un ratito», o me marchaba del pueblo.

El chaparro ya no sonreía. Quería saber dónde había oído yo hablar del ciego de Dongshigu. Le dije que en internet. Me miró sin entender, y deduje por su expresión que «internet» era para él como si le hubiera dicho que me lo habían contado unos duendes. Entonces abrió la puerta del taxi y me hizo subir.

Nos alejamos del pueblo seguidos de cerca por la policía. El taxista expresó su curiosidad por lo ocurrido. Le expliqué que Chen estaba reuniendo quejas sobre abusos de la política del hijo único y el taxista me dijo que conocía otro sitio, cerca de allí, con quejas parecidas. Me llevó a un pueblo llamado Nigou y aparcamos en la calle mayor, junto a una hilera de comercios. Había una tienda de fertilizantes, y justo encima, en el primer piso, una ventana que estaba tapiada. Cuando me apeé del taxi y me situé al pie de la ventana, una mujer se acercó a ella y me miró desde detrás de la tapia.

Le pregunté qué hacía allí dentro. «No podemos salir. No tenemos libertad», me dijo. Se la veía serena. Explicó que los funcionarios de planificación familiar del pueblo la habían encerrado porque su nuera se negaba a dejarse esterilizar o a pagar dinero extra por tener muchos hijos, una multa equivalente a los ingresos de todo un año.

Me la quedé mirando y le pregunté: «¿Desde cuándo está encerrada?» «Hace tres semanas.» «¿Cuántos son, ahí dentro?» «Quince personas», respondió.

Era una manera insólita de hacer una entrevista; yo allí de pie, bajo la ventana, y ella observando desde detrás de la ventana tapiada. Miré en ambas direcciones de la calle; la gente iba a lo suyo. En un lado había una peluquería, y en el otro, un puesto de fruta.

La oficina de planificación familiar estaba en la acera de enfrente. Entré y pregunté a un funcionario por las personas arrestadas encima de la tienda de fertilizantes. Un hombre llamado Wan Zhendong, que era el jefe del departamento de estadística, me dijo que él no sabía nada de ningún centro de detención, y que mucha gente dice estar detenida cuando lo que pasa es que no quieren pagar multas por tener demasiados hijos. «Esa política —añadió Wan— la acepta el noventa y nueve por ciento de la población.»

De vuelta en Pekín, llamé a Chen Guangcheng, el masajista ciego, pero cada vez que lo hacía me encontraba con que no había línea. Tardé meses en comunicarme con él. Teng Biao, un abogado, no se sorprendió nada cuando le expliqué lo ocurrido en Nigou. La gente empezaba a llamar «cárceles negras» a aquellos centros de detención. Era difícil determinar cuántos había o dónde estaban ubicados. Había que ir de pueblo en pueblo y buscarlos. «Esa gente lo tiene muy difícil para comunicarse con abogados o con la prensa —me dijo—. Las autoridades locales harán todo lo posible por impedir que se entere alguien.»

En la aldea de Dongshigu internet era casi un misterio, pero en Pekín ya no. De entrada, el gobierno chino había visto internet como una buena oportunidad: el país había llegado tarde a la Revolución Industrial y los dirigentes chinos confiaban en que la revolución de la información contribuyera a reducir la brecha que separa de Occidente al país. Pero el entusiasmo se fue enfriando. En 2001, el presidente Jiang Zemin calificó internet de «campo de batalla político, ideológico y cultural». La semana que volví de Shandong, el ministro de Seguridad Pública amplió la lista de información oficialmente «prohibida» de la red. Siempre que le era posible, al gobierno le gustaba organizar el mundo por categorías, y ya había vetado nueve tipos distintos de información, incluidos «rumores» y todo aquello que «dañe la credibilidad» del Estado. Ahora la lista se ampliaba a once categorías, entre ellas la «información que incite a asambleas ilegales» y la «información relativa a actividades de asociaciones cívicas ilegales».

La escala de información disponible se multiplicaba por momentos. A comienzos de 2005 China tenía un millón aproximado de blogueros; hacia finales, la cifra se había cuadruplicado, y el gobierno ordenó a las empresas de internet que montaran un sistema de «autodisciplina» para censurar y controlar de qué forma se utilizaba la red. Paso a paso, bit a bit, el partido estaba levantando lo que acabaría conociéndose como el Gran Cortafuegos, una gigantesca barricada digital que impedía a los usuarios chinos ver artículos o crónicas críticos con los líderes del partido o informes de grupos pro derechos civiles; al final acabó bloqueando redes sociales como Twitter y Facebook. A diferencia de la Gran Muralla milenaria, la versión digital crecía o se encogía en función de los nuevos desafíos, o para dar una sensación de apertura. Muchas veces yo no sabía que algo estaba prohibido hasta que lo tecleaba en el ordenador y recibía un mensaje de error tipo «HTTP 404 - The page cannot be found».

El partido estaba cada vez más decidido a castigar a todos aquellos que intentaran saltarse su control de la información. Un año antes, en 2004, un periodista de nombre Shi Tao, que trabajaba en *Contemporary Business News* en la provincia de Humán, asistió a una reunión de plantilla en la que un redactor jefe les explicó las últimas instrucciones sobre los temas que no se podían tocar con motivo del aniversario de las protestas de Tiananmén. Aquella misma noche, Shi abrió su cuenta de correo electrónico (huoyan1989@yahoo.com.cn) y envió un resumen del documento del partido a un redactor de *Democracy Forum*, una página web con base en Nueva York. A los dos días, la oficina de seguridad de Pekín se ponía en contacto con Yahoo! China para averiguar el nombre del usuario de la cuenta, el contenido del correo electrónico y los lugares desde donde se tenía acceso al mismo. Yahoo! accedió, y el 23 de noviembre de 2004 Shi Tao fue arrestado y posteriormente acusado de «filtrar secretos de Estado». El juicio duró dos horas; fue declarado culpable y condenado a diez años de cárcel.

Fue una clarísima demostración de la fuerza con que el gobierno estaba decidido a tener el control ante un nuevo e incierto desafío. Grupos pro derechos civiles criticaron a Yahoo! por haber facilitado la información, y Jerry Yang, el cofundador de la empresa, respondió diciendo que para operar en China había que acatar la ley. Algunos congresistas estadounidenses tomaron buena nota de ello. En una reunión de una subcomisión sobre internet en China, Chris Smith, representante republicano por Nueva Jersey, planteó esta pregunta: «Si la policía secreta de hace medio siglo viniera preguntando dónde se esconde Anna Frank, ¿la respuesta correcta sería facilitar la información por aquello de acatar las leyes locales?». Yahoo! se mantuvo en sus trece, y cuando la madre de Shi Tao se querelló contra la empresa por poner a su hijo en peligro, Yahoo! formuló una petición de sobreseimiento.

La presión sobre la empresa fue haciéndose insoportable. En el otoño de 2007, Tom Lantos, el único superviviente del Holocausto que ha sido congresista, convocó a Yang y a otros ejecutivos de empresas de internet al Comité de Relaciones Exteriores y les dijo: «Éticamente son ustedes unos pigmeos». La madre de Shi Tao prestó declaración entre lágrimas, y cuando hubo terminado, Yang la saludó con tres reverencias y dijo: «Quiero disculparme personalmente». Yahoo! llegó a un acuerdo con la familia, pero el hijo no salió de la cárcel. El mensaje, dentro de China, se entendió a la perfección: internet jamás sería un dominio de libertad de expresión.

El Global Trade Mansion resultó demasiado silencioso y demasiado caro, y yo necesitaba practicar un poco más el chino; cuando llamé al casero para decirle que se quedara con el mes de fianza como última «mensualidad», erróneamente le dije que se quedara con la fianza hasta el final de mi «menstruación».

Numerosas zonas de la ciudad habían sido demolidas y reconstruidas de cara a los Juegos Olímpicos de 2008. Zha Jianying, autor nacido en Pekín que había vuelto a la capital después de estudiar en los Estados Unidos, citaba a un amigo suyo que dijo que empezaba a ser imposible encontrar un sitio donde «colgar la jaula del pájaro» en la ciudad. Los pocos barrios de Pekín que habían sobrevivido a la fiebre consistían más que nada en callejuelas de casas de una sola planta hechas de ladrillo gris, madera y tejas. Poco había cambiado durante siete siglos, cuando diversas partes de la ciudad fueron urbanizadas bajo la dinastía Yuán, que daría a estas calles la denominación de *hutong*, término mongol que significa «callejón» en chino. Los mongoles habían diseñado los *hutong* para las anchuras uniformes de doce o veinticuatro pasos. En 1980 la ciudad contaba con seis mil *hutong*; con el paso de los años, todos salvo unos pocos centenares fueron derruidos para dar paso a bloques de oficinas y de

viviendas. Solamente uno de los cuarenta y cuatro magníficos palacios había sobrevivido intacto.

Hice averiguaciones y encontré una casa de una sola planta que se alquilaba en el 45 de Caochang Bei Xiang. La mayoría de la gente que vivía en estas casas viejas utilizaba un retrete comunitario que estaba a un paso de mi casa, pero la mía disponía de cañerías interiores y de cuatro modernas habitaciones alrededor de un pequeño patio donde había una palmera datilera y un caqui. Cuando informé de mi nueva dirección al conductor del *Chicago Tribune*, Old Zhang, me puso mala cara. «Va en dirección contraria —dijo—. Debería pasar de vivir a ras de suelo a hacerlo en un piso alto, no al revés.»

Las paredes eran porosas; cuando llovía, había goteras, y cuando el frío del invierno podía con la calefacción, tenía que llevar un gorro de esquíador por dentro de casa. Por el suelo correteaban ratones, escarabajos y salamanquesas, y de vez en cuando aparecía un escorpión y tenía que aplastarlo a golpes de revista. Pero era un alivio poder vivir con las ventanas abiertas, y eso me encantaba. El vecino de enfrente tenía un palomar en el tejado, era su afición. Ataba unas pipetas de madera a las patas de los pájaros para que silbaran cuando las palomas sobrevolaban las casas describiendo grandes círculos.

Por la ventana cercana a mi mesa se veía la vieja Torre del Tambor, un enorme pabellón de madera construido en 1271. Durante cientos de años la Torre del Tambor, y su vecina la Torre de la Campana, marcaron el tiempo de la ciudad, diciéndoles a sus habitantes cuándo había que dormir y cuándo levantarse. Eran los edificios más altos en muchos kilómetros a la redonda. En la torre había veinticuatro gigantescos tambores recubiertos de piel, lo bastante grandes como para que su sonido pudiera oírse hasta en los confines de la ciudad.

A los emperadores chinos les obsesionaba controlar el paso de las estaciones y las horas del día. En primavera, el emperador

decretaba el momento exacto en que los miembros de la corte podían quitarse sus pieles y vestirse de seda; en otoño, el emperador decretaba el momento de rastrillar las hojas. Controlar el tiempo tenía tanto que ver con el poder imperial que, cuando ejércitos extranjeros invadieron Pekín en el año 1900, una de las primeras cosas que hicieron fue subir a la torre y destrozar los tambores con sus bayonetas. Durante un tiempo, los chinos pasaron a llamarla la Torre de la Humillación.